

VICO Y LOS HÉROES FUNDADORES DE LAS NACIONES

Andrea Battistini
(Universidad de Bolonia)

RESUMEN: Este artículo indaga la doctrina viquiana del heroísmo, desde el *De mente heroica* hasta la *Scienza nuova*. El autor indaga el doble papel del heroísmo y del héroe expresado tanto con la fuerza física, a partir de la “barbarie del sentido”, en la fundación histórica de la sociedad y en la reconstrucción de las naciones, como con la fuerza intelectual e interior en una síntesis de todo el saber cuando la sociedad amenaza con disgregarse por la prevalencia de la “barbarie de la reflexión”.

PALABRAS CLAVE: Vico, héroe, heroísmo, barbarie, civilización, naciones.

ABSTRACT: This paper inquires into the Viquian doctrine of heroism, from *De mente heroica* to *Scienza nuova*. The author explores the double role played by heroism and the hero, expressed, on the one hand, by physical strength, from the “barbarism of meaning”, in the historical foundation of society and the reconstructions of the nations; and, on the other hand, by the intellectual and inner strength, in a synthesis of whole knowledge when society threatens with breaking up because of the prevalence of the “barbarism of reflection”.

KEYWORDS: Vico, hero, heroism, barbarism, civilization, nations.

Según la tipología propuesta por Max Scheler, son cinco los valores fundamentales del heroísmo: la santidad, las habilidades intelectuales, la nobleza, la utilidad, y la belleza.¹ Sin embargo, que éste sea sólo un “esquema conceptual”,² destinado a complicarse apenas cale en la realidad histórica y en las interpretaciones antropológicas, está probado por las peculiaridades del heroísmo individuadas por Vico en los fundadores de las naciones, que en su reconstrucción resultan, por la brutal violencia del obrar de éstos, todo lo contrario de santos, privados de racionalidad, en cuanto están inmersos en los sentidos y dominados por las pasiones y por irrefrenables recursos fantásticos, y encima desprovistos, en sus ciegos egoísmos, de nobleza de espíritu. A lo mucho, son útiles a la humanidad; mas si por sus méritos ascienden al rango de jefes paradigmáticos es solamente debido a una suerte de heterogénesis de los fines, desde el momento en que su nativa ferocidad se convierte en la fuerza de los ejércitos, la avaricia se transforma en la opulencia de los comercios y en la ambición de la mejora de uno mismo y de los demás.³ En cuanto

Este artículo responde a una invitación expresa por parte de la Dirección de la Revista para este volumen especial de aniversario, habiendo superado los criterios de valoración y del proceso de aceptación.

a la belleza, Vico se asegura siempre de precisar que ésta se trata de una cualidad no estética, que para Scheler es el talento del artista-héroe, sino “civil”, propia de los fundadores de las naciones dotados de derechos que, en virtud de su religiosidad, presumían haber recibido directamente de los dioses (*Sn44*, §§ 565-566).

Vico, por otra parte, y debido a su “angustia de las influencias”* acentuada por tantas frustraciones académicas, es el primero en alardear agonísticamente de salirse de los habituales protocolos hermenéuticos del heroísmo. Su jactanciosa originalidad lo induce a dedicar en la *Scienza nuova* un específico “Corolario en torno al heroísmo de los primeros pueblos”, en el que pone en claro cómo éste fue “en gran medida diverso de aquel que, a consecuencia de la inenarrable sabiduría de los antiguos, ha sido hasta ahora imaginado por los filósofos, engañados por los filólogos” (*Sn44*, § 666). La causa del error, que se remonta a la “vanagloria de los doctos y de las naciones”, reside en haber atribuido a los héroes fundadores de las naciones la formulación de leyes y la creación de instituciones idénticas a aquéllas más iluminadas de los tiempos más evolucionados, con el aberrante resultado de entender términos como “pueblo”, “rey” y “libertad”, utilizados en las fuentes antiguas, con la misma acepción de hoy, mucho más democrática. En cambio, para Vico el pueblo estaba formado sólo por los descendientes de los héroes, y por tanto de los nobles, y no por todos los hombres de una nación, en cuanto la plebe, no gozando de derecho alguno, no estaba considerada tampoco en el ámbito de la sociedad humana. Y los reyes lo eran solamente en el sentido de *patres familias*, en realidad consorciados entre sí en un gobierno aristocrático, en el cual la libertad era prerrogativa únicamente de los señores.

Al proyectar sobre los primeros hombres las “ideas de mentes civilizadas [‘desgentilizadas’] y cultivadas” [*Sn44*, § 666, N.T.], se imaginó al heroísmo, que en realidad había nacido en medio de “costumbres rudas, villanas, feroces, salvajes, cambiantes, irracionales o irracionalmente obstinadas, ligeras y equivocadas” (*Sn44*, § 787), al modo de un heroísmo “galante” (*Sn44*, § 708) de poetas “afeminados” (*Sn44*, § 516), como si la ruda y truculenta épica de Homero, que tanto había puesto de los nervios a muchos literatos del Setecientos, al menos hasta Cesarotti, hubiese sido desde los orígenes aquella –en realidad mucho más tardía– de la cultura alejandrina, idealmente restaurada por la Arcadia de Crescimbeni o retratada en las suaves pinturas metastasianas de un Giambattista Tiepolo. El héroe viquiano, del que son ejemplares por un lado Hércules y por otro Aquiles, no sólo no tiene nada en común con los héroes justos, pacientes y humanos descritos por la cultura griega, con trazos en parte asimilados más tarde por la tradición cristiana del santo y del mártir,⁴ sino que tampoco tiene que ver con los ideales de equilibrado justo medio compendiado en la simbiosis de “fortaleza” y “sabiduría”, presente ya en Aristóteles. En los *Analíticos segundos* (II, 13; 79b, 18-22) son dos las especies de magnanimidad, aquella de quien no está dispuesto a tener que soportar la arrogan-

cia de los demás, como Aquiles, Ájax, Alcibíades, y aquella de quien permanece imperturbable tanto ante la mala como ante la buena fortuna, como en el caso de Lisandro o Sócrates.⁵ A primera vista Vico podría reconocer en el tipo combativo a sus primeros héroes, por ser “resentidos, puntillosos y coléricos” (*Sn44*, § 809), que no dejan “pasar la mosca por delante de la nariz” (*Sn44*, § 667), sin embargo en su descripción del heroísmo de los primeros pueblos él les niega tanto el deseo de gloria como el deseo de inmortalidad, además del sentido de justicia (*ibid.*).

El hecho es que, para Vico, los héroes de las naciones están prácticamente inmersos en la carne, son por naturaleza “zotes, rudos, ásperos, fieros, orgullosos, difíciles y obstinados en sus propósitos” (*Sn44*, § 708), y en cuanto se debe a ellos el surgir de las naciones y de la civilización, no es posible que la fuerza física de éstos pueda estar vigilada o mitigada por la sabiduría. En otros términos, Vico no piensa ya –como en el momento de las oraciones inaugurales, en que la política estaba subordinada al saber– que al origen pudiera existir un político-centauro del tipo del Quirón imaginado por Maquiavelo, pues no pueden convivir en la misma persona ni en el mismo período histórico alguien que, por referirnos a la tipología de Dumézil,⁶ tenga a la vez la fuerza y la prudencia; o, por decirlo con Maquiavelo, combine en sí la naturaleza “impetuosa” de Rómulo con la índole “respectiva”, o sea reflexiva, de Numa. A negarlo viene el principio, sancionado por la dignidad XXXVI, según el cual “la fantasía es tanto más robusta cuanto más débil es el raciocinio” (*Sn44*, § 185). Una fantasía que –como se reconoce en un discurso inaugural de 1699– “*finxit heroas*”,⁷ precisamente es la responsable de la creación de los primeros consorcios humanos, tan sólo bajo la égida de unos pocos héroes.

La página en que los bestiones, viendo por primera vez el destello cegador del rayo y oyendo de fondo el ensordecedor ruido del trueno, “alzaron los ojos y advirtieron el cielo” (*Sn44*, § 377) es lo suficientemente conocida como para que tenga que ser citada o parafraseada otra vez más. Ignorando las causas físicas del trueno y del rayo, los primitivos les atribuyeron un significado divino, un mensaje inventado por la desarrolladísima imaginación de éstos. Esta presencia de lo numinoso de carácter pansíquico funda el “mundo de las naciones”, y para fundarlo hay al comienzo una aristocracia heroica, ya que al quedar paralizados y aterrados, en el sentido de humillados ante un ser fantaseado mucho más poderoso que ellos, constituida por los “gigantes que debieron de ser los más robustos”, capaces de llegar hasta la cima de los montes, pues únicamente desde una posición elevada y despejada era posible ver que el cielo era surcado por el rayo.

Para Vico, la “fuerza” de los héroes no es la firmeza moral ni una de las virtudes cardinales, sino la prestancia de los gigantes más dotados físicamente. Sigue todavía siendo verdad en la *Scienza nuova* el aserto viquiano de la V oración inaugural, según el cual con la “fortaleza” “*homines abeunt in heroas*”,⁸ aunque mientras que en aquella prolucción universitaria, dirigiéndose a los jóvenes estudiantes,

Vico consideraba al coraje y la perseverancia gobernados por la sabiduría, en el pasaje de la ontogénesis a la filogénesis quiere significar la fuerza, efectivamente bruta, con que conseguir trepar hasta ver el cielo abierto. “Alzar los ojos” y sentir la presencia de la divinidad es un acto permitido sólo al *homo erectus*, según una tradición que se halla en Jenofonte, Platón, Cicerón, Séneca, Manilio, y que ejemplarmente se resume en Ovidio, cuyas *Metamorfosis*, un poema etiológico y cosmológico, afirman que Dios “*os homini sublime dedit caelumque videre / iussit et erectos ad sidera tollere vultus*”.⁹ Vico no hace más que desarrollar este *topos*, según el cual, el único de los seres vivientes en estado erecto, es sólo el que puede levantar los ojos y ver el sentido de la divinidad. En la reconstrucción que hace Vico, trueno y rayo vienen atribuidos a la voz de una divinidad terrible, tremenda, despótica, que ordena a los hombres poner freno a sus pasiones, de otro modo incontenibles.

Hechos a imagen y semejanza de hombres muy fieros, los dioses, que se hacían oír con la voz de espantosos fenómenos naturales, eran respetados únicamente por el terror religioso que infundían, capaz de detener la ferinidad de éstos y de dirigirla a actividades útiles para su sobrevivencia material. En consecuencia, las primeras formas de heroísmo no fueron ejercitadas con actos bélicos contra otros hombres, sino con el enorme esfuerzo necesario para satisfacer las impelentes necesidades elementales y vitales de sobrevivencia, luchando contra bestias feroces, contra las intemperies y contra el hambre.

Antes de la homérica, la edad heroica fue la cantada por Hesíodo en *Los trabajos y los días*, consistiendo, sin indulgencia alguna con el idilio bucólico, en talar los bosques para reducir las tierras a cultivo. Por esto Hércules, “con quien culmina el tiempo heroico de Grecia”, es la figura más representativa del “fundador de los pueblos bajo el aspecto de los trabajos” (*Sn44*, § 82), artífice de un radical cambio de relaciones entre el hombre y la naturaleza. “Chose étrange”, habría luego comentado el Michelet de la *Bible de l’Humanité* (1864), “le héros divinisé de la Grèce, c’est le Travailleur!”. Y por los años en que se afirmaba el acontecimiento de *La cabaña del tío Tom*, se imaginaba un Hércules “petit, trapu, très noir”, dotado “de la bonté du nègre, autant que de sa force”.¹⁰ En el acto de quemar las selvas hay siempre una intención religiosa: aquélla de abrir un “*lucus*”, un lugar sagrado en el que entre la luz, una apertura de “claros [*selve rasate*] dentro de la espesura de los bosques” (*Sn44*, § 479), desde los que poder contemplar el cielo e interpretar la voluntad de los dioses mediante el vuelo de las aves. Mientras tanto, con esta labor, que Heidegger llamaría de “*Lichtung*”, de iluminación del Ser,¹¹ Hércules vence al caos de la naturaleza con la agricultura, poniendo los fundamentos de la civilidad. Basta un solo ejemplo para entender la clave hermenéutica de Vico, leyendo con él el mito del trabajo de Hércules contra la Hidra:

“Con tan bellas cuanto necesarias metáforas, imaginaron la tierra bajo el aspecto de un gran dragón, completamente armado de escamas y de espinas (que eran sus zarzales y espinares), imaginado alado (porque los terrenos eran por derecho de los héroes), siempre vigilante (o sea, siempre densa), que custodiaba las manzanas de oro en los Huertos de las Hespérides, y que debido a la humedad a causa de las aguas del diluvio se creyó más tarde que el dragón había nacido en el agua. Bajo otro aspecto imaginaron una hidra (que se llama así de ὕδωρ, “agua”), que, al cortale sus cabezas, siempre se reproducían otras; cambiante en tres colores: negro (quemada), verde (en hierba), de oro (en mies madura)” (*Sn44*, § 540).

En el mito heroico de la matanza de la Hidra no se ven ni aprovechan verdades esotéricas ocultadas arteramente bajo una fábula, ni una teoría sobre la constitución del universo, sino un ciclo agrario fundamental para los recursos económicos de los primitivos. Con una técnica ventrílocua, por así decir, o, más exactamente, polisémica, la exposición viquiana se desarrolla sobre dos planos: por una parte está el mito recibido de las tardías versiones greco-romanas, y por la otra parte está la exégesis que lo transfigura convirtiendo en capítulos de una real historia social y política aquellos modos rudos y fantásticos de los primeros hombres. He aquí entonces que, *in limine* a la *Scienza nuova*, Vico define a Hércules como “el carácter de los héroes políticos, los cuales debieron acaecer antes que los héroes de las guerras” (*Sn44*, § 3), anticipando una sucesión cronológica de la que más adelante encuentra confirmación en la *Eneida*.¹² Su universalidad, “puesto que se halla que cada antigua nación gentil narra uno, que la fundó”, es el fruto de un “descubrimiento” que se eleva a dignidad de “llave maestra” de toda la obra, crucial también para definir las peculiaridades y la naturaleza de los fundadores de la vida social. Nos referimos, como es fácil de intuir, al concepto de “universal fantástico”, también llamado “carácter poético” porque está formado por “imágenes, la mayoría de sustancias animadas de dioses o de héroes, formadas por [la] fantasía” (*Sn44*, § 34), totalmente distinto del universal “inteligible” colocado por Aristóteles como fundamento del silogismo (*Sn44*, § 424). Si se piensa en ello, la fórmula viquiana, a diferencia de la aristotélica, posee una naturaleza oximórica, porque aquello que es fantástico no podría, precisamente, en cuanto ligado a la subjetividad, ser universal; pero en este caso lo es, porque todos los fenómenos de una cierta especie se explicaban con la figura de la antonomasia llamada por Lausberg “vossiana”, ejemplarmente esclarecida por Vico justamente con la figura de Hércules, universal fantástico del héroe según los primeros hombres. Son conocidos los doce trabajos de Hércules. Puesto que es imposible que una única persona hubiera podido ella sola cumplir aquellas múltiples y titánicas empresas, los doce trabajos –pero en realidad hay muchos más junto a los mitógrafos de la antigüedad, que en el Quinientos y en el

Seiscientos los eruditos habían recogido juntos— son explicados con la antonomasia que toma a un individuo en el lugar de la especie de la que forma parte.¹³

Hércules, por tanto, es el carácter poético, es decir, el universal fantástico de las virtudes civiles expresadas por la fuerza de los héroes; es una figura que nace porque los primeros hombres, no siendo capaces de abstraer, no teniendo la posibilidad de formular el concepto de fuerza y de laboriosidad, asignaron a un ser, que llamaron Hércules, todas las tareas elaboradas por muchos diversos hombres pertenecientes a la especie heroica en cuanto, como sostiene Blanchot, “el héroe es todo acción y la acción lo hace heroico”.¹⁴ No viene a cuento insistir más acerca del significado del universal fantástico, salvo para mostrar la singularidad de un heroísmo que, por lo general pensado en términos de extremado individualismo, exacerbado en el Seiscientos con el resurgimiento de los ideales feudales y relanzado en el Setecientos con la popularidad de las *Vidas paralelas* de Plutarco, en cambio para Vico es el producto de acciones colectivas.

Del mismo modo que en su origen la primera forma de gobierno no fue la monarquía sino la aristocracia, así los nombres propios, reales o imaginarios, de aquel tiempo que nos han sido transmitidos, bien por mitos o también por la historia, son de hecho nombres comunes. Invención poética anónima, con la que se transmitía la gloria y se celebraba la apoteosis en la asamblea divina, la figura del héroe, acumulando actos y creencias de una nación entera, sirve a su vez para cimentar la cohesión de un pueblo, porque en lo singular, con el instrumento gnoséológico del universal fantástico, vienen a realizarse en la forma más alta y ejemplarizante las mejores cualidades de la colectividad de pertenencia. Contrario a la solipsista autonciencia reflexiva del *cogito* cartesiano, Vico siempre se ha ocupado de las masas anónimas, de la común actividad mítico-religiosa, de la *langue* más que de la *parole*. La grandeza de Hércules, o de Prometeo, mas también de Aquiles o de Ulises, por no decir de Homero, no se erige ya como motivo de distinción ni de separación, sino como elemento igualitario y de conexión entre individuos, clases, valores culturales.

Los héroes objeto de examen por Vico pertenecen a la tradición griega, transmitida sobre todo por los mitógrafos y por la *Ilíada*, o bien a la cultura romana, especialmente aquella de los orígenes llegada a la edad moderna a través de Tito Livio. En esta complementariedad de mito e historia se privilegia el mundo clásico no por intención nacionalista, como sucede con la valoración de los pueblos germánicos por Herder, sino exclusivamente por su relieve paradigmático que con la riqueza de documentos permite definir también las fases del curso de todas las demás naciones. Como con inspiración autoexegética le confió a un correspondiente, Vico siempre se ha esforzado, desde los prodromos del *Derecho universal*, por construir “un sistema de la Civilización, de las repúblicas, de las leyes, de la Poesía, de la Historia, y, en una palabra, de toda la humanidad”.¹⁵

Por otro lado, a Vico no le interesa el desarrollarse de una humanidad indiferenciada, sino el curso de las diversas naciones consideradas individualmente, cada una con sus orígenes, sus ritmos y sus acontecimientos particulares, pero todas inscritas con el mismo derecho a la “historia ideal eterna”, sin que ninguna pueda justificar la “vanagloria” de haber transmitido a las otras su propia civilización, visto que en los primeros tiempos cada comunidad vivía ignorando totalmente a las otras.¹⁶ Incluso el hecho de que cada nación tenga su Hércules, hasta el punto de que el erudito Varrón llegó a contar cuarenta de ellos, significa que, como bien escribe Vico en la *Scienza nuova* de 1725, “para todas estas antiguas naciones el heroísmo discurrió con las mismas propiedades”, y Hércules llega a ser “una gran prueba de la historia ideal eterna”.¹⁷

Otros son después los nombres bajo los cuales se quedó el recuerdo de los fundadores de las naciones, acomunados por la misma tipología, aunque de diferentes orígenes. Hércules es un semidiós, hijo de Júpiter, pero para Vico también Baco, que en la mitología greco-romana es un dios, igualmente es un universal fantástico de los héroes que por primera vez cultivaron la tierra. Da fe de ello, según la imaginativa hermenéutica viquiana, la tradición que lo quiere domador de tigres, un alótrofo de la Hidra y de tantos otros monstruos que Hércules combate, desde el momento en que el referente sustitutivo de las bestias feroces domesticadas por Baco serían “las tierras vestidas de distintos colores, así como los tigres tienen la piel” (*Sn44*, § 543). Aun teniendo el nombre de una divinidad olímpica, en Oriente Medio también Mercurio Trismegisto fue el “carácter poético de los primeros fundadores de los egipcios” (*Sn44*, § 483). Otros, finalmente, a diferencia de Hércules, fueron no sólo héroes sino también poetas, tanto que en la *Scienza nuova* se recurre para ellos a la fórmula de “poetas héroes” (*Sn44*, § 585), con que se confirma la “complicidad de destino” entre el hombre poderoso y el aedo que canta las gestas de éste,¹⁸ fusionados conjuntamente en la única persona de Orfeo, Lino, Anfión, Museo.

Aunque de manera independiente, todas las naciones surgen del mismo modo y siguen el mismo curso, dando vida a un incesante desarrollo, desde el instante auroral del relámpago que convierte a los bestiones en seres humanos. La idea de nación no se puede fijar para Vico en una esencia atemporal y absoluta, siendo sus instituciones el resultado de un proceso histórico.¹⁹ Sin embargo, paradójicamente, los héroes a los que se debe la dinámica social en las primeras edades, activan el “curso de las naciones” con una obra de estabilización. Con el reconocimiento de una divinidad, cesa, al menos por parte de los héroes aterrados por el relámpago, el vagar sin meta en la selva, de modo que a Júpiter –recuerda Vico– se le da el apelativo de “‘*statore*’ o ‘detenedor’, porque paró a aquellos pocos gigantes de su vagancia ferina, que luego llegaron a ser los príncipes de las gentes” (*Sn44*, § 379).

Como deja claro Vico sobre el arranque del mito de Dafne transformada en planta de laurel, los hombres, por un lado se convirtieron de nómadas en sedenta-

rios, afincándose en un territorio, y por otro lado, con las bodas solemnes, formaron una dinastía cierta. Con el incendio de la selva que deja fértil el suelo, los pueblos dejaron de ser recolectores que andaban cerca de los productos nacidos espontáneamente y se convirtieron en agricultores, estableciéndose en territorios delimitados por confines celosamente custodiados. A mucha distancia de los grandes hombres que en la ideología barroca se elevan del vulgo por sus personalidades magnánimas y sabias,²⁰ aquellos hombres de Vico son literalmente “héroes campesinos” (*Sn44*, § 543), llamados también, en el *Derecho universal*, “*messores frugum*”, o sea, “recolectores de productos de la tierra”.²¹

El sentido de la propiedad viene aguzado por el tercero de los “principios universales” común al “mundo de las naciones”, es decir: el culto a los muertos y las “solemnidades” de las sepulturas, que con su presencia atestiguan los derechos consolidados por los ancestros, persistentes también por la inmortalidad del alma, un presupuesto que explica por qué los mitos relatan que “todos los gentiles fundadores de los pueblos”, desde Hércules hasta Orfeo, de Teseo a Eneas, han descendido a los infiernos (*Sn44*, § 721), no para aprender alegóricamente lecciones de moral ni de metafísica, sino para reiterar el derecho heroico de la descendencia. Con el nacimiento de las naciones los hombres conquistan también el sentido del tiempo y del espacio. El incendio de la selva, evento epocal transmitido por la lucha de Hércules contra el león nemeo, indica también el advenimiento de las olimpiadas, los juegos que, fundados por el mismo Hércules para celebrar el evento, marcan también la cronología definida sobre los ciclos agrarios de las estaciones (*Sn44*, § 3).

La acción heroica, normalmente única e irrepetible, viene repetida sin cesar, mostrándose aún más adaptada al eterno retorno del mito y a la incansable iteración del género épico, a lo que corresponde tener por protagonista un héroe del que relatar incansablemente las incomparables empresas. Simultáneamente, en sinergia cronotópica, comenzó a ser medido el espacio, delimitado por las tierras cultivadas y defendido/guardado por los “leños” custodios de las sepulturas (*Sn44*, § 529). Hasta aquellas que Kant habría llamado formas trascendentales *a priori* tienen para Vico orígenes “campesinos”.

Mas con el advenimiento de las naciones se delimitan también otros espacios de mayor relevancia política, o sea, las ciudades, llamadas “*urbes*” por la curvatura del arado con el que se ciñó el perímetro, infranqueable para los extranjeros, como demuestra el asesinato de Remo por parte de Rómulo (*Sn44*, § 550). La política de los héroes fundadores de las naciones es, por tanto, aquella que concierne, según otro étimo más transparente y exacto, la “*polis*”, e implica otro tipo de lucha, no ya contra la fuerza de la naturaleza y por la sobrevivencia, sino contra otros hombres dentro de la ciudad. La dinámica, transmitida ejemplarmente por la historia de Rómulo, es la misma para todas las otras agrupaciones humanas que Vico recuerda de vez en cuando, que remite ora a Tebas, fundada por Cadmo (*Sn44*, §

81), ora a la Atenas de Teseo (*Sn44*, § 561), ora a la Cartago de Dido (*Sn44*, § 78), mientras que el mismo Rómulo es a su vez un universal fantástico al que “fueron atribuidas las propiedades de los fundadores de las primeras ciudades del Lacio, en medio de un gran número de las cuales [...] fundó Roma” (*Sn44*, § 532), todas evidentemente relativas a fuertes contrastes sociales.

Como se ha visto, sólo los más robustos, subidos a los montes, quedaron fulminados por la voz de la divinidad. Los bestiones más débiles, por su lado, se quedaron en la selva cerrada, donde continuaron llevando su vida salvaje y *ex lege*. El surco del arado que delimita el territorio urbano y las murallas fortificadas de las ciudades sirven entonces para separar físicamente el espacio circunscrito de la religión y de las leyes, de aquel otro del mundo ferino que reinaba afuera. Traspasar este confín comportaba o la muerte, como le sucedió a Remo y, mucho antes de él, a Abel,²² o quedar reducidos a la subalterna condición de esclavos, privados de todo derecho. Por tanto, desde los orígenes se formaron según Vico dos clases, antes divididas por la religión (píos e impíos), y a continuación divididas también por un punto de vista político, social y económico, ya que los héroes, creyéndose investidos del favor de los dioses por saber interpretar mediante los auspicios el lenguaje de éstos y por respetar sus deseos, consideraron a los impíos seres inferiores y malditos a los cuales dar legítimamente caza, tanto más cuando, viviendo como bestias en el bosque, no podían crear una familia ni una sociedad con la sagrada institución del matrimonio. Los débiles, incapaces de afrontar solos y dispersos las necesidades vitales y encima perseguidos por las fieras, para poder sobrevivir abandonaron las selvas y se refugiaron junto a las ciudades de los héroes, donde entraron en una posición de absoluta inferioridad. La primigenia división entre píos e impíos se convirtió en la lucha de clase entre héroes y vulgo, y luego entre nobles y plebeyos.

Al imponer su propia superioridad en nombre de la voluntad divina, los héroes no cumplen un acto de impostura ni de fraude, porque son incapaces de hipocresía. Para Vico el surgir de los Estados no se debe ni al engaño de los sabios que ocultan a las masas sus esotéricas verdades, ni a un contrato social que presupone un racionalismo propio de tiempos más tardíos, sino una aristocracia que sabe imponer su poder propio no sólo sobre la naturaleza sino también sobre sí mismos, con la virtud que Vico llama el “conato”, o sea, la “voluntad de poner freno a los movimientos impresos en la mente por el cuerpo, si no para aquietarlos absolutamente, lo que es propio del hombre sabio, al menos para darles otra dirección y usos mejores, lo que es propio del hombre civil” (*Sn44*, § 340). Los héroes fundadores, privados –contrariamente a la tradición– de sabiduría refleja, de acuerdo a su naturaleza y a sus tiempos conocían sólo la crueldad, la ferocidad y la violencia, que para Vico son enderezadas por un diseño providencial “a usos mejores”. En primer lugar el conflicto social entre héroes y “fámulos” o “socios” conduce a los cabezas de familia, que viven en comunidades patriarcales, a congregarse con otros núcleos

análogos para oponerse a las presiones de quienes no tenían derechos, dando vida así a las verdaderas y propias repúblicas aristocráticas, es decir, a la “generación del imperio civil” (*Sn44*, § 617). Símbolos de ello son los fasces romanos, unión de varas o “lituos de los padres en el estado de las familias” que significan a la vez el bastón de mando, los palillos con que se obtenían los auspicios y los instrumentos con que se infligían los castigos.

Los trabajos de Hércules hablan también de estas luchas de los héroes contra los plebeyos que combatían, con una dialéctica que a algunos les ha hecho pensar en Marx,²³ para obtener los mismos derechos. Así las gestas en que mata monstruos, “hombres por su aspecto y bestias por sus costumbres”; así el épico encuentro con Anteo, universal fantástico de las plebes amotinadas, el cual, alzado al aire, equivale a su asimilación dentro del contexto civil y estancial de las ciudades fundadas en lugares elevados (*Sn44*, § 618); así también la empresa en que “limpió los sucios establos de Augías” (*Sn44*, § 561), para significar por un lado la represión de seres no domados todavía por la religión y, por otro lado, la eliminación de cuantos, permaneciendo “impíos”, “impúdicos”, “nefarios”, “débiles, errantes y solitarios” (*Sn44*, § 1099), no tenían aún nada de humanos, y por tanto eran considerados dignos de sufrir los atroces castigos de los que los mitos de Tántalo, Sísifo, e Ixión (*Sn44*, § 583) constituyen elocuentes ejemplos de universales fantásticos. Esta parece ser la alternativa, hecha famosa por Pródico de Ceos, de Hércules en la encrucijada, a la que Vico atribuye una connotación no tanto ética, a resolver a nivel individual, cuanto política y social, con una elección confiada una vez más a las “naciones”, como se lee en *Práctica de la Ciencia nueva*, un capítulo excluido luego de la impresión. Una práctica, concluye Vico,

“fundada sobre esta *Ley Eterna*, puesta por la *Providencia* al *Mundo de las Naciones*: que entonces estén salvados, florezcan, y sean felices, cuando el *cuerpo sirva* y la *Mente mande*: y así mostrarles [a los jóvenes] la *verdadera encrucijada de Hércules* (el cual fundó todas las naciones gentiles), si queremos entrar en la *vía del Placer* con *pusilanimidad, desprecio, y esclavitud* de sí mismos y de sus Naciones, o en *aquella de la Virtud* con *honor, gloria, y felicidad*.”²⁴

El doble tópico que, en la reconstrucción magistral de Panofsky,²⁵ induce a un Hércules filósofo a reflexionar y a elegir, en un ejercicio retórico de *disputatio*, entre la virtud y el vicio, se convierte con Vico en una alternativa política entre vivir como héroes o vivir como plebeyos. Es cierto que Hércules era, como otros gigantes piadosos del temor de los dioses y púdicos por los matrimonios, un campeón de la virtud, puesto que “la piedad junto con los matrimonios es la escuela donde se aprenden los primeros rudimentos de todas las grandes virtudes” (*Sn44*, § 514). También es verdad que, inhibidos por el terror, los héroes desarrollaron un rígido

autocontrol con el que la fuerza física derivaba de una sólida fuerza espiritual. Su forma aristocrática fue “severísima” (*Sn44*, § 26) y, acostumbrando a sus hijos a una educación “severa, ruda, cruel” (*Sn44*, § 670), crearon “órdenes naturalmente mejores gracias a virtudes verdaderamente heroicas”, adornadas de piedad, de templanza, de fortaleza, y de magnanimidad (*Sn44*, § 1099). Sin embargo, no se puede hablar propiamente de moral, porque las elecciones de los héroes no eran conscientes, como en cambio aquella de Hércules de Prodicó ante el dilema. “En los primeros fundadores de las ciudades, que eran simples”, comenta Vico, “no ya la reflexión [*consiglio*], sino la naturaleza fue la que servía a la providencia” (*Sn44*, § 532). Por tanto, “fuera de cualquier propósito particular, convinieron en un bien universal civil, que se llama ‘república’” (*Sn44*, § 629).

Se consideraban superiores por naturaleza a los plebeyos, lo que les autorizaba a vejarlos con violencia y crueldad, como Vico confirma tomando de Aristóteles el detalle de que “los héroes juraban ser eternos enemigos de la plebe” y tomando de la historia romana múltiples ejemplos en los que se ensañaban con la “miserable e infeliz plebe” (*Sn44*, § 668). Ante esta desesperada condición se rebelan los plebeyos, cuyas reivindicaciones no se deben a los maltratos, y menos aún a pretensiones económicas, sino a la determinación de obtener los mismos derechos, religiosos y civiles, de los héroes, hasta la posibilidad de poder contraer matrimonios solemnes entre ellos, lo que les habría garantizado una descendencia y por tanto una transmisión de los bienes. Estas guerras civiles en las que se batieron los nobles por no concederles las prerrogativas de su clase, son altamente positivas para las naciones, porque la lucha mejora a los fámulos. Estos, forjados en la dura escuela de las crueldades de los nobles, vencen la debilidad de partida compitiendo en actos de heroísmo frente a sus antagonistas, llegando a ser conscientes de sus derechos y haciéndose merecedores de ellos mediante el ejercicio de las virtudes civiles, después de que también los plebeyos lleguen a tener también sus insignes figuras, completamente en paralelo a las de los nobles. Las contiendas políticas hacen así que las clases en lucha tengan cada una sus propios héroes, representativos, incluso bajo el mismo nombre, de “caracteres dobles” (*Sn44*, § 581), o sea, protagonistas de mitos que sirven para evocar tanto las acciones gloriosas de la clase dominante, cuanto aquellas de la clase subalterna, hasta el logro de una plena igualdad.

Puntualmente, la mitología, bajo la ingeniosa lente hermenéutica de Vico, ilustra el pasaje de la aristocracia a la democracia, antes de que tenga lugar la llegada de las monarquías ilustradas. Las concesiones que los nobles son obligados a hacer, no obstante sus enérgicas resistencias, son narradas en los relatos de Hércules que primero “se afemina y cae bajo las órdenes de Íole y Ónfalia”, para significar que “va a conceder el derecho heroico de los campos a los plebeyos” (*Sn44*, § 657), muere luego tras haber enloquecido “al teñirse con la sangre del centauro Neso –precisamente el monstruo de los plebeyos de dos naturalezas discordes [...]–, es decir,

[que] entre furios civiles comunica los matrimonios a la plebe y se contamina con sangre plebeya” (*Sn44*, § 658). La muerte de Hércules –no diferente de aquella de Orfeo, otro fundador de naciones “asesinado por las bacantes (por las plebes furiosas)” (*Sn44*, § 658)–, coincidente con la conquista por los plebeyos de los mismos derechos de los nombres, parecería señalar también el final del heroísmo, justamente con el pasaje de la “edad de los dioses” y “de los héroes”, propias de una edad feudal, a la “edad de los hombres”. Todo lo más, con el “recurso” del Medioevo, pasan a primer plano de la historia otros héroes (el Godofredo de Buglione de Tasso es para Vico uno de éstos, *Sn44*, § 205) y otros fundadores de las naciones, con una *translatio* desde el Mediterráneo al norte de Europa (“longobardos, salios, ingleses, borgoñeses, normandos, daneses y alemanes...”, *Sn44*, § 961).

En este punto nace el dilema, para Vico y para sus intérpretes, que ya se impone en el ámbito de la estética para el destino de la poesía: ¿si ésta es dote natural de los primeros hombres todo “sentidos y pasiones” (*Sn44*, § 402), cómo puede sobrevivir en la “edad de la razón desplegada”, que enfría los impulsos de la fantasía? Análogamente, ¿qué heroísmo es posible en los tiempos “iluminados, cultos y magníficos” (*Sn44*, § 242), cuando la “mansedumbre” (*Sn44*, § 558) de las costumbres nivela los ánimos y apaga los ardores de las empresas heroicas, paradójicamente permitidas por la ignorancia de los tiempos antiguos, vista la constante polémica viquiana contra las interpretaciones demasiado cultas de aquellas gestas? El esfuerzo con que en la *Scienza nuova* se elimina toda relación entre fundadores de las naciones y refinado saber filosófico, es sistemático. Mercurio Trismegisto “debe haber sido no un hombre particular rico en sabiduría profunda, que fue luego consagrado dios, sino un carácter poético de los primeros hombres de Egipto” (*Sn44*, § 68). Orfeo, a quien se atribuían himnos descifrados en igual clave hermética, en cuanto “fundador de Grecia” no era menos tosco que Hércules, siendo su lira una ingenua metáfora de la unión de las familias de los óptimos, unidos, como las cuerdas del instrumento musical, en coalición frente a las exigencias de los plebeyos (*Sn44*, § 659). Y, de hecho, Zoroastro, “carácter poético de los fundadores de los pueblos de Oriente” (*Sn44*, § 59), no fue un filósofo que celebró ritos esotéricos; ni Pitágoras fue el “sublime filósofo y matemático” que descubrió la armonía de las esferas (*Sn44*, § 1042), tratándose en cambio de otro “poeta teólogo” cuya lira, al igual que la de Orfeo, significa la unión de las familias patriarcales a través de la función cohesiva de las leyes y de las religiones, lejos de ser misteriosóficas (*Sn44*, § 615).

Si entonces es verdad que, por decirlo con Hegel, de los héroes en cuanto fundadores de los Estados provienen “el derecho y el orden, la ley y la costumbre”,²⁶ la ingenuidad y las pasiones que son subyacentes a éstos, hacen hoy parecer aquellas conquistas por un lado admirables, pero por otro insensatas y casi ridículas por el aspecto *naïf* quizás irreproducible en medio de una conciencia tan despabilada. Rodeada por la pacata civilidad del *logos*, la estirpe de los héroes que

siguen al instinto y la naturaleza parecería que tiene que venir a menos. En cambio, el heroísmo no es sólo el elemento genéticamente fundador de las naciones, sino también el vector que las mantiene vivas y las hace crecer, moviendo la historia. Ciertamente que su fisonomía cambia, y que no es ya la del guerrero inmerso en los sentidos, sino la del filósofo “que ordena con placer a las pasiones” (*Sn44*, § 1041), de acuerdo con el retrato calcado de Platón (*Leyes*, VII 3 792c-d; *Banquete*, 22 202c-203a). “Sobre el heroísmo poético”, explica Vico negando una solución de continuidad, Platón “alzó el suyo filosófico: que el héroe estuviese por encima del hombre, no menos que éste sobre el animal” (*Sn44*, § 515). El diseño de la Providencia hace, así, que en el origen estuviese la religión para frenar con el “conato” las pasiones de los primeros héroes y convertirlas en acciones virtuosas, y que luego “la filosofía hiciese entender las virtudes en su idea”, con la reflexión, y las difundiese con la elocuencia (*Sn44*, § 1101). Al terror vinculado a la religión siguen entonces la libertad y las elecciones conscientes.

Más allá de estos signos, la *Scienza nuova*, que de hecho se centra en los orígenes de la humanidad dejando más en la sombra sus desarrollos extremos en la “edad de los hombres”, a pesar de su concepción de la historia y del progreso de las naciones, siempre impulsadas y determinadas en su avance por las contiendas, no va a sugerir *e contrariis* que para Vico el advenimiento de una sociedad totalmente pacificada conlleve los gérmenes patógenos de la decadencia, lo que haría de por sí inextinguible –a diferencia de la memorable sentencia de Brecht– la necesidad de héroes, puede que tal vez dotados de la inteligencia y de la sabiduría útiles para exorcizar la “barbarie de la reflexión”, propia de los tiempos más evolucionados y por esto mismo más extenuados. Una integración ideal de las doctrinas de la *Scienza nuova*, útil para entender las formas del heroísmo en los tiempos modernos, puede ser entonces la del *De mente heroica*, el discurso leído en la apertura del año académico napolitano en 1732. Dirigiéndose a los jóvenes universitarios de una “Europa cristiana” que “resplandece de tanta humanidad, en la que abundan todos los bienes que pueden hacer feliz la vida humana” (*Sn44*, § 1094), Vico propone una definición del héroe filosófico como aquel que “*sublimia appetit*”, “aspira a cosas sublimes”.²⁷ El esfuerzo es siempre el de superarse a sí mismos, de trascender la naturaleza humana,²⁸ en una tensión que, al ser “la heroica mitad entre la naturaleza divina y la humana” (*Sn44*, § 515), tiende a mirar más hacia lo alto. Sin embargo, el campo de acción ha cambiado: ya no es en la selva, donde cumple la grandiosa tarea de convertirla en cultivable, ni en las ciudades, donde defender con las armas los privilegios de origen divino, sino –como Vico escribió sobre sí mismo en la espesura de la autobiografía– “la mesa para meditar y escribir”,²⁹ dos gestos con toda seguridad menos llamativos pero no menos centrales en la historia de las naciones, visto que también éstos siguen apuntando a la mejora de la sociedad humana.

Por esto en el *De mente heroica* se pueden parangonar los estudios a los que los jóvenes son calurosamente invitados a las “tareas hercúleas”, con las cuales reclamarse “héroes, porque vais a enriquecer con otros ingentes beneficios al género humano”.³⁰ De este modo, Sócrates es el verdadero héroe de la edad de la razón toda desplegada, recordado por haber reivindicado la misma naturaleza de la ciencia y de la virtud, y por haber negado al contrario la posibilidad de que un saber pueda llamarse verdaderamente tal si no converge con éste cualquier otra ciencia y cualquier otra virtud. Evidentemente, el heroísmo, tanto el de Hércules que fundando las naciones hace confluir las familias patriarcales y los “vagabundos impíos”, vinculados así en la vida asociada, como el de Sócrates, que combate el especialismo de quienes “*certam ac peculiarem disciplinam tota mole incumbunt*”,³¹ desempeña un rol centrípeto, operante siempre de una manera o de otra en función de la unidad de los hombres. Como los Hércules que subliman el egoísmo bajo el impulso de la religión, así los héroes filosóficos deben vencer las tentaciones del individualismo, que los llevaría, según amonesta el antiepicúreo Vico, que conocía bien a sus colegas, a pasar “toda su vida en apartado retiro, para disfrutar ociosos de tranquilidad de espíritu”.³²

El heroísmo, aunque no expresado ya con la fuerza física, ahora intelectual e interior, permanece ejercitándose en el difícil esfuerzo de abrazar en una síntesis todo el saber, justamente mientras la sociedad amenaza con disgregarse por la prevalencia de la “barbarie de la reflexión” y por la fragmentación de las competencias cada vez más especializadas. Toda la filosofía de Vico se puede leer como una guerra sin cuartel contra las fuerzas que minan la sociedad, para él constituidas unas veces por el narcisismo de las poéticas barrocas, otras por el individualismo del pensamiento cartesiano, o por las conscientes mentiras de la ironía. De ahí la invitación del *De mente heroica* a llegar a ser “*integer sapiens*” y a discernir siempre, hacia donde quiera que se vuelvan los “*mentis oculos*”, algún punto en el cual, tras incesantes confrontaciones instituidas por el ingenio humano, las partes de lo “*scibile*” “confluyen, se corresponden y concuerdan”.³³ La lucha contra las fuerzas centrífugas había sido declarada más de veinte años antes en otra oración inaugural, el *De nostri temporis studiorum ratione*, en el que se delineaba un programa pedagógico ya “heroico”, dirigido a la organicidad y a la exhaustividad de lo escible, precisamente para responder a un saber parcelizado.

Ejemplos concretos de heroísmo en los tiempos modernos son elegidos por Vico como protagonistas de sus obras concretas. Son personificados por el comandante Antonio Carafa, que convierte la innata impetuosidad del hombre de acción en el comportamiento prudente adecuado a la praxis de la razón de Estado; y por la noble Angela Cimmino, que transfigura la “cólera heroica” de índole natural “en uso de la virtud”.³⁴ Estos dos escritos de tipo biográfico muestran cómo, aunque con diversa suerte, la conducta “heroica” del individuo puede servir a la mejora del

Estado. Pero sobre todo es en la autobiografía donde culmina “la representación ideal del filósofo-héroe, que en el recogimiento y en la dura meditación supera las injurias de la fortuna y la hostilidad y la indiferencia de los malvados y de los ignorantes”.³⁵ Tampoco en la patria napolitana, que en los tiempos de Vico era una espléndida capital europea de las refinadas costumbres, falta el heroísmo primigenio de los fundadores, evocado como “*patriae meritum*”.³⁶ Sublimado por un proceso de intelectualización, este activo humano está considerado aún en la moderna edad de las Luces como un factor indispensable de agregación por parte de quien, al decirse “nacido para la gloria de la patria y en consecuencia de Italia”,³⁷ durante toda la vida ha polemizado contra los “filósofos monásticos o solitarios” (*Sn44*, § 130), consagrándose, en verdad heroicamente, al estudio de la “naturaleza común de las naciones”, según reza el título de la *Scienza nuova*.

[Trad. del italiano por J.M. Sevilla Fernández]

Notas

1. M. SCHELER, *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik*, Halle, M. Niemeyer, 1927³, p. 609. [M. SCHELER, *Ética*, trad. esp. de H. Rodríguez Sanz, Caparrós Eds., Madrid, 2001 3ª ed. N.T.]
2. E.R. CURTIUS, *Letteratura europea e Medio Evo latino*, trad. it., a cargo de R. Antonelli, La Nuova Italia, Florencia, 1992, p. 189. [Trad. esp.: *Literatura europea y edad media latina*, FCE, Madrid, 1999. N.T.]
3. G. VICO, *Principj di scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni* (1744), en *Opere*, edición a cargo de A. BATTISTINI, Mondadori, Milán, 1999², § 132. De ahora en adelante, las citas de esta obra vendrán indicadas directamente en el texto con la sigla *Sn44*, seguida del número del párrafo correspondiente.
* [Recordatorio de H. BLOOM, *The Anxiety of Influence* (1973): trad. esp. *La angustia de las influencias*, Monte Ávila, Caracas, 1977. N.T.]
4. Véase J.S. LASSO DE LA VEGA, *Eroe greco e santo cristiano*, trad. it., Paideia, Brescia, 1968. [J.S. LASSO DE LA VEGA, *Héroe griego y santo cristiano*, Universidad de La Laguna, La Laguna, 1962. N.T.]
5. ARISTÓTELES, *Organon*, a cargo de G. Colli, Einaudi, Turín, 1955, p. 391.
6. G. DUMÉZIL, *Mitra-Varun. Essai sur deux représentations indo-européennes de la souveraineté*, Leroux, París, 1940.
7. G. VICO, *Le orazioni inaugurali I-VI*, ed. a cargo de G.G. VISCONTI, Il Mulino, Bolonia, 1982, p. 82.
8. *Ibid.*, p. 166 (“los hombres se convierten en héroes”).
9. OVIDIO, *Metamorfosis*, I, 85-86 (Dios “ha dado al hombre un rostro elevado y la posibilidad de mirar al cielo”).
10. Lo recuerda A. PONS, “Vico, Hercule et le ‘principe héroïque’ de l’histoire”, *Les Études philosophiques*, XLIX 1994, n. 4, p. 497, nota 3, objetando, no obstante, que Hércules es también el representante de los aristócratas, y no un simple “ouvrier héroïque” como pretendía Michelet.
11. Agudas *liaisons* entre el “lucus” de Vico y la “Lichtung” de Heidegger, no sin referencias a Marx, las aporta E. GRASSI, *Vico e l’Umanesimo*, trad. it., Guerini e Associati-Istituto Italiano per gli Studi filosofici, Milán-Nápoles, 1992, pp. 173-91. [Hay trad. esp.: *Vico y el humanismo. Ensayos sobre Heidegger y la retórica*, trad. del inglés por J. Navarro Pérez y Pról. de D.P. Verene, Ed. Anthropos, Barcelona, 1999].
12. En *Sn44*, § 721 Vico afirma que Virgilio “en los primeros seis libros de la *Eneida* canta al héroe político, y en los otros seis restantes canta al héroe de las guerras”.
13. La definición de antonomasia vossianica es de H. LAUSBERG, *Elementi di retorica*, Il Mulino, Bolonia, 1969, pp. 116 y 118. Para sus desarrollos llevados al universal fantástico cfr. A. BATTISTINI, “Alle origini dell’universale fantastico”, en *Vico tra antichi e moderni*, Il Mulino, Bolonia, 2004, pp. 175-99.
14. M. BLANCHOT, “La fine dell’eroe”, en *L’infinito intrattenimento* (1969), trad. it., Einaudi, Turín,

1977, p. 492.

15. G. VICO, Carta del 14 de julio de 1720 a Bernardo Maria Giacco, en *Epistole*, a cargo de M. SANNA, Morano, Nápoles, 1992, p. 86.

16. Es lo que afirma la Dignidad XLIII, que define las naciones “en sus comienzos salvajes y cerradas”, por lo que no podían saber “nada la una de la otra” (*Sn44*, § 198).

17. G. VICO, *Principi di una scienza nuova intorno alla natura delle nazioni* (1725), en *Opere*, cit., § 458.

18. M. BLANCHOT, “La fine dell’eroe”, cit., pp. 493-94. Para Vico, también Clío, “que pertenece a la historia heroica”, “celebra los grandes nombres (en cuanto lo fueron de fundadores de las naciones)” (*Sn44*, § 555).

19. Cfr. A. PONS, “L’idée de développement chez Vico”, en *Entre forme et histoire. La formation de la notion de développement à l’âge classique*. Actes des journées d’études (Paris, 20-27 janvier 1985; 26 avril et 7 juin 1986), Klincksieck, París, 1988, pp. 181-94.

20. P. CRISTOFOLINI, *Vico pagano e barbaro*, ETS, Pisa, 2001, p. 64, menciona oportunamente a Baltasar Gracián, el cual “unifica estrechamente la figura del hombre grande (*el Héroe*) y del sabio (*el Discreto*)”.

21. G. VICO, *Il diritto universale*, a cargo de F. NICOLINI, Laterza, Bari, 1968, t. II, p. 542, donde ya compara el sintagma “*heroes agricolae*”. [Hay trad. esp.: G. VICO, *Obras III. El derecho Universal*, ed., trad. del latín e introd. por F.J. Navarro Gómez, pres. de E. Hidalgo-Serna y J.M. Sevilla, Anthropos, Barcelona, 2009. N.T.].

22. Sólo en la *Scienza nuova* del 1725 (§ 102) se refiere, sobre la estela del Génesis, 4, 17, que Caín “fue el fundador de las ciudades anteriores [...] al Diluvio”. Sin embargo, posteriormente, junto con una más acentuada separación entre historia de los gentiles e historia sagrada de los hebreos, deja de lado este asunto particular.

23. Véase las veinticinco contribuciones recogidas en *Vico and Marx. Affinities and Contrasts*, ed. por G. TAGLIACOZZO, Humanities Press, Atlantic Highlands - N.J., 1983.

24. G. VICO, *La scienza nuova 1730*, ed. a cargo de P. CRISTOFOLINI y con la colaboración de M. SANNA, A. Guida Ed., Nápoles, 2004, p. 514.

25. Naturalmente, nos referimos a E. PANOFKY, *Ercole la vivio*, trad. it., Quodlibet, Macerata, 2010.

26. G.W.F. HEGEL, *Estetica*, trad. it., Einaudi, Turín, 1967, p. 211.

27. G. VICO, *De mente heroica*, en *Opere*, cit., t. I, p. 372. “Eroe filosofico” es un sintagma también de la *Scienza nuova* de 1744 (cfr. § 1041).

28. Véase la sintética voz de P. GIRARD, “*Héroïsme-héroïque*”, en *Le vocabulaire de Vico*, Ellipses, París, 2001, pp. 22-23.

29. G. VICO, *Vita scritta da se medesimo*, en *Opere*, cit., t. I, p. 85.

30. ID., *De mente heroica*, cit., p. 398. [Citada en texto por la trad. esp. de Francisco J. Navarro Gómez, de G. Vico, *Obras. Oraciones inaugurales & La antiquísima sabiduría de los italianos*, pres. de E. Hidalgo-Serna, introd. de J.M. Sevilla, ed. trad. del latín y n. de F.J. Navarro Gómez, Anthropos Editorial, Barcelona, 2002, p. 211. N.T.]

31. *Ibid.*, p. 376.

32. *Ibid.*, p. 373. [Trad. esp. de F.J. Navarro Gómez, cit., p. 198. NT.]

33. *Ibid.*, p. 391. [Trad. esp. de F.J. Navarro Gómez, cit., p. 207. NT.]

34. ID., *In morte di donn’Angela Cimmino marchesa della Petrella*, in *Opere*, cit., I, p. 349.

35. N. SAPEGNO, *Compendio di storia della letteratura italiana*, La Nuova Italia, Florencia, 1989³, p. 309.

36. G. VICO, *Le orazioni inaugurali*, cit., p. 154.

37. ID., *Vita*, cit., p. 53.

* * *